

lámpara colocada en la vecina estancia hacia penetrar su tibia luz por la mórisca puerta, á que mi vista no estaba acostumbrada. La voz que creia haber oido, y que, grave é imponente, se repitió tres veces, era la del *Mudden*, que, desde la torre de la próxima mezquita llamaba á la oracion á los buenos creyentes.

¡Qué rara impresion ha producido en mi el oír por primera vez en medio del silencioso recogimiento de la noche aquella voz tan alta como melancólica! y ¡como recordaba las muchas veces que habia leído ú oido contar esta práctica, que entre los moros viene á sustituir el uso de nuestras campanas!...

Consagro estos momentos de vigilia á dar una idea de semejante práctica, sobre la que ayer tomé las mas seguras noticias.

El uso de las campanas está prohibido á los moros, porque creen que las almas justas andan en el Paraiso volando de flor en flor para chupar su néctar, y que al zumbido del metal se espantan, caen y huyen despavoridas.

En su defecto los *Muddenes*, especie de sacristanes, convocan al pueblo para la *Zalach* ú oracion siete veces al dia desde lo alto del *mejerran* ó torre de cada una de las principales mezquitas. La 1.<sup>a</sup> á media noche (*mudden juli*). En la esquina opuesta al Oriente dicen con toda la fuerza de su voz *Xchádu, Alah ah-cubar, Alah, Ilah, Jim Alah, en Muhámet, Ruful Alah*: (SOY TESTIGO DE QUE NO HAY MAS QUE UN DIOS; Y ESTE DIOS ES EL DIOS GRANDE Y MAHOMA SU PROFETA) Después de repetir estas palabras en los otros tres

ángulos de la cuadrada torre, añaden: *El Salah Agiar men en aumh*. (REZAR ES MEJOR QUE DORMIR). La 2.<sup>a</sup> oracion es á las 2 (*mudden hori*). La 3.<sup>a</sup> entre tres y cuatro de la mañana (*el farol*) ponen uno colgado en la torre privilegiada y al quitarlo dicen *Zobah qua Ilah el Hamiel* (YA VIENE AMANECIENDO, ALABEMOS A D'OS). La 4.<sup>a</sup> al medi dia (*Eldejor*) poniendo una bandera blanca (*la vela*), que el viernes, su dia de fiesta, es azul, y quitándola á la una del dia. La 5.<sup>a</sup> á las cuatro en verano y tres en invierno (*El Azar*). La 6.<sup>a</sup> al ver la primera estrella que anuncia las tinieblas (*El Magaren*) tambien elevan y bajan en seguida la bandera blanca (SE ACABÓ EL TRABAJO). Y la 7.<sup>a</sup> á las 8 en invierno y 9 en verano.

El efecto que produce en la imaginacion del europeo ver el rostro del *Mudden* por entre las almenas del elevado mejeran, cuando es de dia; y el oír, durante la silenciosa noche, el lúgubre sonido de su voz extraño y melancólico. A la voz del *Mudden* los buenos creyentes acuden á orar en las mezquitas ó rezan en sus casas.

En las *Mezquitas* (*Chemas*) no pueden entrar ni las mugeres, ni tampoco quien pertenezca á otra religion. Si alguno, á propósito ó por ignorancia, pasase de su umbral, no le queda otro recurso que morir ó hacerse moro: los judios deben descalzarse al pasar por delante de sus puertas: á los cristianos, no solo no se les exige, sino que se tolera puedan pararse y ver, al través de los diversos arcos, una gran parte del templo y algunas de sus ceremonias.

DE TANGER A TETUAN.

DIA 25.

Me he levantado á las 5 de la mañana despues de unos cortos momentos de descanso. Tomamos el café, y estando todo dispuesto para la marcha, nos pusimos en camino á las cinco y media.

Yo voy en una árabe y hermosa jaca torda con montura de Fez, otra menos buena lleva al intérprete y el pequeño equipaje; el soldado monta su caballo negro. Salimos de la ciudad por la puerta que dá al Zoco, y despues de andar durante un corto espacio al rededor de las murallas, llegamos á la orilla del mar. Caminando sobre sus húmedas arenas, vimos bañándose varios grupos de judias; tienen para desnudarse pequeñas tiendas de campaña, de las que salen cubiertas con el bañador, como se acostumbra en puestras costas. Mas lejos de las aguas hay bancos de arenas blanquecinas y resacas, que sostienen pequeños bosquecillos de floridos retamares, algunas plantas barrilleras, y entre ellas el nardo narciso, odorífera y hermosa flor que tanto se cultiva en los jardines.

A poco rato entramos en calles formadas por buertas, los aloes y las higueras tunas forman sus vallados, y á su sombra crecen la azulada espuela y el amarillo hipericon. No habíamos andado mucho cuando pasando el río Suani por un pequeño

punte, que me recordó algunos de nuestro país, entramos en unas dehesas cubiertas de viznagas; tierras fértiles en que pacian por todas partes numerosas manadas de vacas. Son estas, por lo que hasta ahora he visto, de una raza pequeña, con cuernos cortos y delgados, y casi en su totalidad de un color castaño. Por todas partes se veian pequeños campos demieses, y en ellos, segando, cuadrillas de cuatro á diez mugeres moras.

Habiendo yo estrañado que mi acompañante moro diese grandes voces á unos pastores, supe por el intérprete que los reprendia y amenazaba con llevarlos presos á la vuelta, por haber dejado entrar algunas reses en unos rastrojos. Hecho digno de notar tratándose de un país poco civilizado! Quise saber si habia leyes sobre el aprovechamiento de los campos ya segados, y vi que las familias pobres pueden espigar, entregando despues la mitad de sus productos al dueño de la sementera. Aqui no se conocen los trillos. Las mieses de sus cortísimas labores se desgranán con mazos apropósito, ó se pisan con tres ó seis caballos, como en Andalucía se hace con las yeguas. Son estos terrenos muy fértiles, y tal es su clima, y tal el estado de la atmósfera, que, por mas que solo se cuiden de arrojar los

granos á la tierra, suelen cojer al año dos cosechas.

Pasamos el *Moga*, riachuelo, que nada presenta de particular, y luego *El-hesif*, cuyas aguas tienen su curso en unas gredas renegridas, viéndose sus orillas cubiertas á lo largo de verdes *sauces* y frondosísimas *adelfas*. Las partes de este valle, cuyas tierras lo permiten, están sembradas de *zaina* ó de *maiz*, cuyo hermoso y fresco verde contrasta bien con el triste color de unas *retamas* de color sombrío y de agudísimas espinas, que entre sus tajos sostienen algunos oscuros pizarrales.

Dos leguas habríamos andado cuando llegamos á una llanura, cuyos lados son cerros de mediana elevación y están cubiertos de lozanos y fructíferos *palmitos*. Este valle, que toma nombre del *Tanke* (1) de *Mesla-gua*, está destinado al cultivo de los *trigos* y *cebadas*, de algun *lino*, y cantidad notable de *zaina* y de *maiz*. Veíanse paciendo en los valdios algunos rebaños de cabras de una bonita aunque pequeña raza, de pelo largo y muy sedoso, color negro y ubre muy desarrollada.

Un estenso valle que atravesamos despues, está regado por el *Guad-el-fel* (rio de las adelfas); con razon llamado asi, pues sus riberas se ven cubiertas de enmarañados bosques de estas plantas, que han adquirido tamaños gigantescos. Una, mas hermosa que las demás, nos dió su sombra junto á un cristalino *tanke* y allí

dispusimos almorzar. Mi soldado, despues de prepararme un buen asiento, fué á colocarse en un próximo ribazo junto á los caballos y apoyado en su espigarda. Hícele señas de que se acercase, y supe por mi intérprete, que queria estar allí, por precaucion, para no ser asaltado por unos que tepiamos á la izquierda. Miré y en efecto ví á varios moros tendidos bajo los arbustos, mal vestidos y al parecer sin armas; nosotros las teníamos buenas, lo que, y la imponente presencia de mi guarda me tranquilizaron completamente.

Concluido el almuerzo nos pusimos en marcha. Por algun tiempo caminamos sin observar de notable otra cosa que varias plantas raras, y entre ellas un hermoso y azulado *eringio*.

Atravesando varios riachuelos llegamos al *Guad-el quivir* (rio grande, cuyas orillas se hallan cubiertas de frondosas arboledas: allí los *fresnos* colosales y los *sauces* de flotantes ramas marcan á lo largo una ancha faja de verdura, á que las adelfas prestan el encendido color de sus amar-gas flores.

Poco despues principiamos á subir la sierra, que tiene alguna semejanza con la de Córdoba cuando se camina desde sus abrigadas faldas hasta los elevados picos de *Torreárboles* y *Castilpicon* (1). Todo es análogo entre una y otra. La conformacion de las montañas, los escarpes

(1) Pequeño estanque, pilar ú otro cualquier depósito de agua en que el viajero puede apagar su sed, y en el que siempre hay una calabaza ó vaso de corcho.

(1) Me he propuesto hallar los puntos de analogia ó desemejanza que hay entre una parte de las sierras de Andalucía y las de este pais en lo relativo á la conformacion del suelo y á las plantas y animales espontáneos.

de las rocas y el colorido de los terrenos. Aquí como allí, pizarras grises, negras y ferruginosas alternan con pelados crestones de areniscas. Estas montañas también se hien-den y desgajan precipitando á sus pies peñas colosales, que arrastran á su paso cuantos árboles encuentran. También crece aquí, aunque con mas extraordinario vigor, el *acebuche* y el *lentisco*, y la *vid* asilvestrada trepa por los troncos y se estiende lozana por sus elevadas copas: tambien aquí en los páramos la estridente *chicharra* parece aumentar el calor del medio dia con su monotonó chirrido, mientras que en las frondosas enramadas alegran la imponente soledad de las selvas, con su sónico canto, el *mirlo de collar* y la dorada *oropéndola*.

Después de haber atravesado una gran parte de la sierra subiendo unas veces y bajando otras, y caminando siempre con el mayor trabajo por una estrecha y tortuosa senda, que solo á fuerza de siglos han podido abrir en sus *calcáreas* rocas los pies humanos ó las pezuñas de las bestias, llegamos al *Ainhc dida*. Este hermoso sitio, que toma su nombre del de una clara fuente, está convidando al descanso. Una agua fresca y cristalina que bebimos en un rústico vaso de corcho, nos apagó la sed que teníamos; y un salvaje seto de fructifera *oxiacanta* diónos su sombra para reposar un rato. Tendidos estábamos sobre nuestras *chilabas* (1) cuando se acercaron á tomar agua unos cuantos moros, que selo podrian tenerse

(1) Saco moruno cerrado por delante, con mangas y capucha.

por tales por el país en que estábamos. Iban casi desnudos; y el que mas llevaba envuelto el cuerpo en un grosero saco, sin otra prenda en la cabeza que una cuerda de palmito ó un pedazo de pañuelo: sus caras estaban quemadas por el sol: su mirada era salvaje, y lo que mas contribuía á aumentar su horrible aspecto era el llevar rapadas sus cabezas y solo en un lado de la parte posterior un grande y largo mechón de pelo muy semejante á la cola de una bestia. Sentáronse junto á nosotros: eran nueve: yo vi que los mas ocultaban bajo sus sucios harapos un largo cuchillo de los que gastan los rifeños, y supe por mi drágo man, que apenas hablaban el dialecto moro y que eran gentes sospechosas. La presencia de tales huéspedes debió hacerme perder toda mi serenidad; pero conservé alguna pensando en nuestras buenas armas y en la fuerza moral de mi soldado (1): este que, como por ca-

(1) Los soldados moros, ó *moros de rey*, forman la guardia del Bajá, quien pone uno á disposicion del cristiano que lo solicita, para que lo acompañe en sus viages. El soldado es responsable de la vida del cristiano, que desde aquel momento se considera bajo la salvaguardia del Emperador; lleva una carta del Bajá del punto de donde sale para aquel á donde vá, y al regresar (que es tan luego como llega) trae otra en que este avisa aquel de haber llegado sin novedad. Aunque la fuerza del soldado puede considerarse mas moral que física, debo hacer constar que los hay valientes hasta el extremo, y que se han dado casos en que uno ó dos han defendido á su cristiano contra un número muy superior de moros kabileños. Al soldado se le pagan por ir á Tetuan

sualidad, se hallaba ya de pie, me dirigió una mirada significativa como preguntando si tenía miedo ó si quería que marchásemos; y yo al verle apoyado en su espingarda, con su blanco turbante, su desnudo brazo asomando por la ancha manga de su azulada túnica, y el ancho alquicel flotante sobre sus hombros; al contemplar su rostro tostado, su mirada enérgica y sus chispeantes ojos, me sentí mas sereno aun y le indiqué que nada temía, sacando cigarros que distribuí entre todos. Unos los mascarón, otros tomando sus tabaqueras (1) y colocando una gruesa porción sobre la parte superior de la mano la absorbieron con violencia, ofreciéndome despues.

Por medio de mi intérprete hablé con ellos, y supe, entre otras cosas, que venian de Tanager de comprar alguna pólvora, y que marchaban á reunirse con su tribu acampada no lejos de *Guad-agras*. Pocos momentos despues montábamos á caballo con la mayor precaucion; é interponiéndose siempre entre ellos y yo mi valiente y fiel soldado, continuamos nuestra marcha sabiendo en el camino que estos sitios se hallan siempre infestados de moros que se separan de las próxi-

mas kabilas, asesinos feroces y contrabandistas ladrones sin mas ocupacion que el robo; ni mas ley que la fuerza y que la astucia: que nuestros huéspedes, lo eran, y que unos como ellos debieron ser los que inhumanamente asesinaron no hace muchos meses en el *fondak*, por donde debiamos pasar, á unos cristianos que venian de *Mequinéz*.

Estamos en el *fondak* (1) situado en el centro de la sierra y á la derecha del camino. Su vista me causó una triste y dolorosa sensacion. Mi drágoman me dijo: si queria pasásemos de largo; al contrario, le repliqué, quiero visitar esta mansion de horror, quiero sobre la sangre de las victimas orar y pedir á Dios por su alma, como se ora en la soledad, como se pide á Dios en el magestuoso silencio de los campos.

Mientras nuestros caballos comen y descansan he recorrido todas las habitaciones y visto los sitios en que aquellos viajeros fueron degollados, cuando en medio de la noche se entregaran imprudentemente al descanso sin guarda ni soldado moro. Despues me he salido á descansar á la sombra de unos árboles, y aqui donde el ánimo se esplaya, donde la imaginacion se inspira, he podido re-

80 rs. y otros 80 al que acompaña de regreso y 5 rs. para alimento del caballo. Como una muestra de deferencia me dejan retener al mio todos los dias que esté en Tetuan.

(1) Los moros pobres llevan generalmente el tabaco en polvo, que es recogido en el pais, en la cáscara de un fruto parecido á una gruesa nuez, y con un tubito en un extremo, por donde lo sacan golpeándolo.

(1) Especie de parador, donde se albergan los que quieren dividir este camino en dos jornadas. Solo tiene cuadras y unas sucias y desmanteladas habitaciones: no hay mas camas ni que comer, que lo que cada uno trae, y solo debe pagarse al viejo moro que lo guarda un *blánquillo* (6 ochavos por persona y cuatro por caballería)

coger mis ideas y apuntar estas impresiones.

A las tres de la tarde salimos del fondak y, continuando nuestro penoso camino por la sierra, llegamos al *Guad-ugras* ó rio de las árgomas, cuyas cenagosas y pestilentes aguas corren apenas por un estrecho y tortuoso valle entre elevadas cordilleras de negras pizarras. Los menudos destrozos de sus rocas, forman el alveo de este rio; espinosas retamas y algunas encinas y acebuches desojados por un devorador incendio, completan el sombrío y triste aspecto de este valle, contraste admirable con el que teníamos que atravesar después de haber pasado la cordillera de elevados picos que teníamos á la vista.

Dos horas habríamos caminado cuando, al acabar de subir á una altura, dimos vista á Tetuan por entre los lados de un estrecho puerto. La ciudad á aquella distancia de una legua y media, aparece sobre el fondo oscuro de sus estensas y frondosas arboledas, como una bandada de blanquísimas palomas. Pocos instantes la tuvimos á la vista, algunos cerros elevados se interponen y no dejan se vuelva á percibir hasta llegar muy cerca.

Un pintoresco y frondoso valle, abrigado á derecha é izquierda por dos escarpadas cordilleras, nos dió entrada andando por él cerca de una legua. Todo está en cultivo: estensos maizares reciben la refrigerante influencia del *Buch-sija*; vacadas numerosas pastan aquí y allí en sus frondosos prados, y multitud de moras siegan ó trillan por todas partes los abundantes productos de sus re-

ducidas propiedades. Pasamos este rio, cuyas limpias aguas corren en un ancho y pedregoso cauce, por un puente elevado, de morisca y hermosa arquitectura y de cuyos cuatro arcos, los dos del centro miden diez y seis varas de altura. En sus márgenes crecen muchas plantas de nuestro país; además de la *adelfa* se hallan el *mastranzo* y la *yerbabuena* de agua, y con el *taroy* airoso y los puntiagudos *juncos* se entretejen la cariñosa *madre selva* y la cáustica *clemátide* de blanca flor.

A las siete estábamos cerca de Tetuan; algunas caleras y hornos de ladrillo, idénticos á los usados en Andalucía, nos anunciaron su proximidad y desde aquel punto se la vé asentada sobre la estensa meseta y parte de la falda de una pintoresca colina. Cerca de las murallas berberiscas, que ciñéndola en su parte inferior, corren por los lados hasta la parte mas alta del cerro, sobre cuya cúspide se halla situada la alcazaba. Pásase antes de penetrar en ella, por una larga calle formada por las cercas de las huertas; moreras frondosas y gigantescos cañaverales, por entre los que vegeta con lozania la *higuera infernal*, nos defendían de los últimos rayos del sol que empezaba á ocultarse detras de las vecinas montañas. Un impetuoso salto de agua, que brota desde una altura de 10 pies por entre los carcomidos troncos de tres seculares algarrobos, corre después por una larga acequia para regar las huertas: el *culantrillo* y *parietaria*, el *palipodio* y el *traquelio* de cerúlea flor, tapizan mezclados aquella fresca y vistosa tonterera, á cuyos pies y en una lar-

ga fila, tuve el gusto, por primera vez en mi vida, de hallar bebiendo una caravana de 56 camellos.

Aun podíamos disponer de mas de media hora hasta el momento en que la ciudad cierra sus puertas, y dije á mis acompañantes, que deseaba detenerme unos momentos en un sitio para mi tan encantador. El paisaje era por todos lados nuevo y melancólico, y tan distintos los objetos que veia, que no me era posible convencerme de que estaba tan pocas leguas de la España.

Hice, por medio de mi interprete, algunas preguntas á los camelleros sobre el cuidado, alimento, carga y valor de aquellos tan útiles y sobrios animales. Sabia hace tiempo que el *dromedario* y el *camello* (1) son las dos mas útiles bestias de carga; que eran mansos y apacibles, sobrios y sufridos; que podian hacer grandes jornadas: que daban al africano y al árabe su carne, su leche, su piel, su grasa, el pelo y hasta el agua depositada en el estómago: que eran en fin los verdaderos navios del desierto, sin cuyo auxilio, quizás el hombre mas audaz no se hubiese atrevido á cru-

zar sus áridos y estensos arenales; pero hoy he oido de boca de los mismos africanos que los cuidan, que viven con ellos y á quienes quieren como á hermanos, datos curiosos que me serán interesantes para mi empeño de verlos algun dia estenderse por las provincias de Córdoba y Sevilla.

El camello vive mejor en las llanuras y camina con mas facilidad y desembarazo sobre terrenos algo blandos; pero no es menos cierto que por estas escarpadas sierras y por muy malos caminos pasan continuamente grandes caravanas conduciendo granos, aceite y diversas mercaderias. ¿Con cuanta mas facilidad pues podria vivir sobre nuestras llanas campiñas de Sevilla y Córdoba? Aquel suelo es afable, aquel clima es tambien apacible, y allí, como ya se vió en Jerez, procrearían con la mayor facilidad. El camello, dejando á un lado el que por la rara conformacion de su estómago pueda sostener una larga abstinencia, come poco en proporcion á su tamaño. Es poco delicado y toma con placer las hojas del *lentisco*, *algarrobo* y otros varios árboles y arbustos comunes asi en estos como en aquellos terrenos.

El camello se hecha para recibir la carga y emprende facilmente su camino teniendo sobre el lomo 20 arrobas; pero si el camellero le pudiese algunas libras mas, no habrá fuerza que lo haga levantar, pues para esto como para otras cosas, posee un notable instinto. Si se le carga estando en pie puede echarse mucho mayor peso. Los que hacen generalmente sus travesias por ter-

(1) En el lenguaje familiar se cambian en España generalmente los nombres de estas dos especies. Al de dos gibas que es el verdadero *camello* y el que habita en el Asia, se le llama *dromedario* y al de una sola, y que es abundantísima en el Africa, se le dá el de *camello* en vez del de *dromedario*.

Para evitar errores debo advertir, que la especie de que hablo es la africana de una joroba ó verdadero *dromedario*; pero que respetando el uso del pais nombró con el de *camello*.

renos montuosos viven útiles menos tiempo que los habitantes de los llanos, lo cual no importa mucho al berberisco á quien su carne gusta sobre manera.

El precio de un camello grande y robusto es por lo regular de 450 onzas (22 napoleones). (1)

Despídime de aquellos honrados traficantes cuando ya iba á anoche- cer, y pronto nos hallamos bajo los muros de Tetuan. Una pequeña y avanzada fortaleza presenta al ca- mino, por entre sus moriscas alme- nas, las bocas de unos cuantos ca- ñones; á pocos pasos se halla otra dispuesta de igual modo, y á pocos mas el ojivo y bello arco de herra- dura, que se cerró en el momento en que lo acabábamos de pasar.

Atravesamos unas cuantas calles de moros, desiertas completamente y despues otras en que habia algu- na animacion, el zoco sobre todo, en el que se veian colocados puestos de diferentes mercancías. Pasamos el arco ó puerta que dá entrada al bar- rio de los judíos, y fuimos á apear- nos delante de la casa de nuestro vice-cónsul.

Este (el señor Habraam Hasam) y su canciller (Sr. Salómon Lasry), (1) que son hebreos, me recibieron afec- tuosamente, llevando su amabilidad hasta acompañarme á la casa en que me hallo y en que descansaré esta noche para gozar mañana de los en- cantos de una poblacion completa- mente morisca.

## TETUAN.



DIA 26.

**M**e he levantado muy temprano y subido á la azotea de la casa en que vivo, y que tiene las mas hermosas vistas al campo y á la poblacion. Ocupa esta una estension increíble,

(1) Las monedas moriscas imaginarias son en este pais las siguientes: el *bontqui* igual á 5 ducados: el *ducado* á 10 onzas: la *onza* á 4 blanquillos y el *blanquillo* á 6 ochavos morunos ó dos cuartos espa- ñoles. Las efectivas son, monedas de oro equivalentes á 20 y 40 reales vellon, la media peseta de plata á 8 blanquillos y la onza de plata á 5. Las que corren mas generalmente son los ochavos del pais (que están fundidos) y las de plata y oro españolas y francesas.

y en toda ella los techos de las casas, planos y blancos como las fachadas, están dispuestos para pasear á lo largo y ancho de cada una de las diversas manzanas. Por entre sus apiñados y pequeños ó regulares edificios, sobresalen algunos muy no- tables, como el palacio del Bajá, y las cuadradas y preciosas torres de sus numerosas mezquitas, mientras que en la cumbre del cerro y dominan- do á toda la poblacion, se asienta solitaria su magnífica y pintoresca alcazaba.

(1) Así llaman en Tetuan al secre- tario.

Tetuan está en una gran parte cercado de numerosas huertas de recreo, por entre cuyas verdes y frondosas arboledas se divisan los agrestes edificios en que los moros y moras celebran sus festivas y animadas *zambras*. Estas huertas se estienden á lo largo hasta cerca de la falda de la inmediata sierra; y allí en algunos puntos se confunden con bosques tan espesos, que, á esta distancia, los cerros aparecen envueltos por su base en una espesa capa de verdura.

Un jóven judío (el S. Jacobo Coen) que me acompaña en este momento, me ha dado noticias sobre una porcion de los objetos que nos rodean. Por él he sabido, entre otras cosas, que la poblacion tiene mas de 20,000 almas; que hay en ella quince mezquitas de primer órden, de las que la principal lleva el nombre de *Chema-el-quivir* (gran mezquita,) y que la alcazaba sirve de palacio á los altos personajes moros que vienen á Tetuan.

A mi izquierda, y á alguna distancia de la poblacion, se halla el *Lamsala*, especie de templo en que una vez al año se hace la gran fiesta, la *fiesta del carnero*. Todas las autoridades, los soldados, las personas notables y el pueblo acuden, en un dia de la primavera, con grande aparato y lujosa ostentacion conduciendo el carnero que debe inmolarse. Llegados al *Lamsala*, y despues de algunas ceremonias, el *Cadi* (1) hiere mortalmente á la víctima, y entonces un jóven moro la coloca delante de la silla de su caballo, y á

todo escape se dirige á *Chema-el-quivir*. Si el carnero llega aun vivo, el africano pueblo tendrá un año feliz y una abundante cosecha; pero si llegase exánime, en su supersticioso fatalismo debe esperar una mala cosecha, pestes, luchas y las mayores desgracias.

Frente al cerro de la alcazaba y como á una legua de distancia, se eleva atrevida é imponente la formidable sierra: su posicion es la misma que la de las primeras cumbres de sierra morena, respecto á la ciudad de Córdoba; pero las sierras de Tetuan son mas salvajemente escarpadas; sus agudos picos bañados por un tinte azulado y trasparente atraviesan las nubes, y, desprovistos al parecer de toda vejetacion, se presentan á la vista como pirámides inaccesibles. Aquellas escabrosas puntas conservan las nieves una gran parte del año. A media falda las rocas aparecen cubiertas de árboles y arbustos; esta vejetacion está mas pronunciada en su base, mientras que el espacio que media entre ella y los alrededores de la ciudad se halla ocupado por apiñadas huertas, cuyo lozano verdor es producido por *moreras* de fruto blanco, *granados*, *guindos*, *duraznos*, y por casi todos los frutales de nuestro pais. Allí viven todo el año, cubiertos de flor y cargados de fruto, la *bergamota* y el *cidro*, el *naranja* y el *limonero*; y bosques de incultos *acebuches* forman fajas blanquecinas que dividen en cuadros los mas verdes y lustrosos árboles.

Dos rios, el *Emjanjnes* y el *Samsa*, fertilizan con sus dulces aguas las tierras de una parte de la falda de estas montañas. A su izquierda se

(1) Segunda autoridad sagrada.

divisa un gran edificio; pertenece á el Jamis, pueblo cuyas casas se hallan al otro lado del cerro en que aquel se asienta; á la derecha, y abrigado por uno de los mas elevados y agrestes picos, se halla Benimagdán, lindo y pequeño pueblo rodeado de huertos, cuya lozana vegetacion contrasta maravillosamente con los desnudos y cenicientos peñascos de sus agrestes cumbres.

Una gran parte de aquellas escarpadas sierras se halla habitada por numerosas familias de magotes, (1) que la han hecho célebre en todo el mundo. Los moros la llaman Djebel-mussa (monte de las monas) y

á ella acuden los prácticos que las cazan con la mayor destreza. Vive allí tambien el saquinario chacal, que en cuadrillas numerosas baja á la llanura y acomete á los ganados en las chozas de los pastores y hasta en las puertas de la misma ciudad, y el gruñidor puerco-espin de largas, abigarradas y puntiagudas puas. A las 10, en la misma azotea, y defendidos del sol por una pequeña torrecilla, nos han servido un almuerzo á la española, durante el cual continuamos gozando de la encantadora vista que ofrece Tetuan con sus moriscos edificios, sus lozanos campos y sus gigantescas montañas,

A las 9 de la noche,

Esta mañana, después de almorzar, y acompañado del canciller del Consulado, de mi dragoman y soldado moro, salí á recorrer la poblacion.

Tetuan se halla dividida en dos partes, comunicándose por varias puertas que se cierran al anochecer; la parte en que viven los moros es mucho mayor, y se llama la moreria; la juderia es la habitada por los hebreos. En esta última tienen sus casas los vice-cónsules, y en ella se hallan tambien las dos pequeñas fondas donde vienen á parar los poquísimos cristianos que viajan por gusto ó atraídos por cálculos comerciales. En toda la poblacion solo residen dos familias que profesen nuestra religion, y algunos que vi-

ven accidentalmente, no teniendo iglesia ni oratorio para celebrar su culto.

¿Porqué los vice-cónsules no han procurado vivir entre los moros mas bien que en la juderia? Esto es lo que no me he podido explicar, comprendiendo, como comprendo, que á ser asi estarían mas familiarizados con los cristianos y no seria tan peligroso apartarse de la ciudad sin un soldado moro.

Tetuan es mucho mas morisco que Tanger: nada ha perdido de su carácter, de sus hábitos ni de sus costumbres. Los moros aqui no se avienen ni aun con los judios, á quienes al anochecer, y á pretexto de que no sean acuchillados, los encierran en su barrio como se encierra á las fieras en sus jaulas.

Entre otros edificios, he visitado el palacio del bajá, que lo es Sidi

(1) Mono de Gibraltar, llamado vulgarmente mona. (1)

el *Jach-Ben-el-Jach-Mohamed* (1), cuyas magnificas habitaciones están adornadas con un lujo verdaderamente oriental, y en cuyos patios y galerias se hallaban bastantes moros de rey tendidos ó sentados; estos no llevan el blanco y airoso turbante de los de Tánger, sino un gorro encarnado de desmesurada altura.

Pasámos despues al barrio de las *cerragerias*, cuya industria se halla en tal cual estado de desarrollo; y luego á la *Alcaiceria*, sitio del comercio. Allí se ven, colocadas en calles estrechas y cubiertas, muchas pequeñas, pero curiosas tiendas atestadas de mil diversos objetos, como sederia, perfumes y los tejidos y ropas de lino, lana y algodón. En cada una se vé un moro, por lo general de blanca tez, alta estatura y lujosamente vestido: sentados los mas con esa muelle indolencia, propia de los hijos del pais, llevan sus libros de asientos, rezan el rosario (2) ó fuman la pipa. Estas tiendas son los sitios á que concurren de tertulia los moros mas ricos y elegantes, los que, y las gentes que llegan á comprar, producen una agradable animacion.

Fuimos despues al barrio de los *tintoreros*, en que se tiñe una prodigiosa cantidad de fajas, gorros y

(1) El *Jach* significa *el que ha ido á la Meca*; *ben-el-Jach* hijo de otro que tambien hizo esta penosa y larga peregrinacion, que es para los mahomatonos un honroso titulo.

(2) Los rosarios de los moros tienen todas las cuentas iguales y de un grande tamaño. Su rezo parece ser para ellos lo que para nosotros la letania de los Santos.

otros diversos objetos con ese particular y hermoso color encarnado, y luego á las fábricas de curtidos, de cuyas tintas salen ricos tafletes y otras pieles de una estremada duracion y belleza. Hay barrios ocupados en su totalidad por tiendas en que se fabrican las babuchas de pieles de todos colores, sencillas ó bordadas con hilos de metal, ó de fino terciopelo carmesi con espiguillas de oro. He visto telares en que se tejen los mas ricos objetos; allí la seda grana y carmesi se combina con el oro mas puro para producir *juayyas hebraicas* (1) del mas resplandeciente efecto, y la verde ó de un hermoso azul dan tambien con el oro las ricas fajas con que se ciñen el talle las elegantes judias. Hay petacas, carteras y chinelas de terciopelo azul ó carmesi recamadas de oro y perlas, y zapatitos de raso ó terciopelo blanco, rosa ó caña, de la mas preciosa hechura y con brocados de oro, que serian de un sorprendente efecto para baile en el pié de nuestras graciosas españolas.

Atravesando el Zoco, que es cuadrado y de muy grande estension fui al barrio donde se fabrican las armas de fuego. En estos talleres hay que estrañar la clase de obra y uno de los medios que en este siglo mas han contribuido á perfeccionar los productos en los grandes centros industriales de Europa la division del trabajo. Cada armero de Tetuan se emplea en fabricar

(1) Una de las prendas que constituyen el complicado adorno de las judias de lujo.

un solo objeto. Hay fábricas en que solo, y á fuerza de trabajo, se construyen los cañones, otras dan las llaves, en otras las abrazaderas y demás adornos, y en otras por fin las cajas y el montado. Hay en estas fábricas armas de fuego que llaman la atención. He visto preciosas espingardas; pistolas del mas admirable trabajo, y cañones ricamente damasquinados, en que el oro contrasta agradablemente con el espléndido bruñido y el prolijo cincelado de los hierros.

Tambien en Tetuan se fabrican

armas blancas, como *gumias*, que son unos anchos y corbos puñales que los moros llevan con frecuencia; y sobre todo, cuchillos rifeños, que tienen la hoja del largo y forma de una mediana espada, pero sumamente puntiagudos y con puños de una muy grosera hechura.

Hay talleres en donde, con las hojas de la palma enana, se construyen esteras, que tienen el aspecto de tejidos; y otras en que con las lanas hacen las moriscas aunque groseras alcatifas sobre las que generalmente se sientan en el suelo.

#### DIA 27.

**A** las 7 de la mañana sali á dar un paseo á caballo para ver parte de los alrededores de esta poblacion y visitar á la vuelta una de las fábricas de azulejos; industria que solo por rutina, y sin ninguna aplicacion, ni idea siquiera, de los progresos hechos en cerámica, está en un notable grado de perfeccionamiento.

Se hallan estas fábricas, por lo regular, en subterráneas habitaciones; y allí, eligiendo arcillas finisimas de un color rojo ó rosáceo, que amasan de una manera admirable, hacen millones de diminutas piezas en que no se sabe que admirar mas si la estremada pequenez ó la variedad de formas y la riqueza del colorido. No estandoles permitida á los moros la representacion de objetos animados en el ornato de sus habitaciones, cortan estas lositas en forma de estrellas, cruces, rombos, discos y cuadrados, que pintan cada una de un solo color, y

con las que, combinadas con fecunda idea y casadas con esmero, forman mosaicos del mas esquisito gusto. Los colores que emplean son del blanco al negro, del amarillo al rojo de aurora, del verde-mar al subido azul de Prusia, y por esmalte el plomo, cuya venenosa influencia se revela en los lívidos rostros de algunos operarios.

Tal tamaño tienen estos azulejos que 1300 piezas perfectamente combinadas, ocupan solo una vara cuadrada de estension; de modo que un pequeño gabinete, cuyo suelo fuese un cuadro de cinco varas de lado, necesaria para cubrir su pavimento y el friso hasta la altura de una vara, el extraordinario número de 58,500 piezas. Y sin embargo, en Tetuan y en Tánger hay muchisimas habitaciones y patios de casas lujosas y aun medianamente ricas, con esta clase de losado. Calcúlese ahora el increíble número que de

berá entrar en el cubrimiento de las cuatro fachadas de sus altos mejanas y en el de los estensos patios de sus moriscas mezquitas.

A la vuelta de tan agradable paseo recibí por medio del intérprete un atento aviso del *Luquil* ó Ministro del Sultan, para quien habia traído cartas de nuestro cónsul general en Tángier, señalando para mi recepcion la hora de las cuatro de este dia. A las tres y media me hallaba vestido de rigorosa etiqueta, y poco despues, acompañado del cónsul de Tetuan, de su canciller, de mi intérprete y tres soldados moros, me dirigia á su casa.

El Ministro del Emperador, *Sidi el Jach-Mohamet-el-Jativ* (1) es un anciano venerable, de unos sesenta y seis años de edad, de alta estatura, tez blanquísima, color pálido y de fisonomía espresiva y dulce: viste con elegante sencillez, lo que, y sus agradables maneras, su larga y blanca barba y su inteligente mirada, hacen de él un verdadero patriarca.

Presentado por el cónsul, que tuvo la galanteria de servirme de intérprete, el Jativ me recibió con el mayor afecto, alargándome la mano que despues tocó ligeramente á sus lábios en muestra de amistad. Despues los cumplidos de una y otra parte, entabló una conversacion bien sostenida durante un largo rato, mientras que, segun el uso del pais, recibia yo las mayores prue-

bas de su franca y proverbial hospitalidad.

Hablamos de política internacional, en que (dicho sea de paso) no me hallo muy versado. Me hizo ver el buen sentido en que el Emperador está con nuestra augusta soberana y su gobierno, y el profundo sentimiento que en su ánimo y en el de su señor, causaban los atentados cometidos por hordas que ni ellos mismos pueden sugetar. Yo le felicité por la tan activa y principal parte que habia tenido en la honrosa y cumplida satisfaccion que recibiera España al entregársele á nuestro cónsul general en Tángier los prisioneros cristianos, y le di gracias por el uso que de su grande influencia para con el Sultan hacia en favor de nuestros compatriotas aveciados en Africa ó que llegaban á sus costas, especialmente desde que es nuestro cónsul el señor Blanco del Valle.

La conversacion vino insensiblemente á un terreno mas trillado para mi y tambien mas grato. Hablamos de la naturaleza. Le hice ver los encantos que para mi encerraba la pequeña parte que del Africa conocia; la feracidad de sus tierras y clima, la lujosa vejetacion de sus campos y de sus montes y las inmensas riquezas que produciria si se hallase siquiera en el estado de un regular cultivo. Le pregunté algo respecto de las minas, de que habia visto indicios escelentes; y supe no era permitida su explotacion en el imperio. Le hablé de Córdoba y de Granada, de Málaga, de Sevilla y de Jaen, pintándole la grande analogía que ecsiste entre sus principales sier-

(1) El Jativ, como generalmente le llaman en todo el imperio, es un rico comerciante, que ha viajado mucho. Por sus grandes simpatias con el Sultan y vasta instruccion, fué nombrado su ministro.

ras, entre su vejetacion y producciones animales, en el clima, en el cielo, en las aguas, y en fin en toda la fisonomia de nuestro pais y de estas tan felices costas.

Hízome algunas preguntas sobre nuestra simpar mezquita cordobesa, sobre el Generalife y la Alhambra de Granada, y sobre algunos antiguos y célebres monumentos que yo le pinté en el mejor estado, haciéndole ver los gratos recuerdos que de los mahometanos tenemos en Andalucía, sobre todo en lo relativo á la ciencia agricultora, y como por fin se conservan tambien entre nosotros muchos de los nombres que ellos impusieron á las plantas, á los rios, á los castillos y á los pueblos.

Al hablar de esto, y sobre todo del reciente descubrimiento de las minas del famoso palacio de Medina-Azahara, á los piés de nuestra hermosa sierra; al pintarle la belleza de sus elegantes palmeras, conservadas entre nosotros á través de tantos siglos, y al hacerle ver que tambien en Córdoba teniamos huertas cercadas de *arrayanes* y cuyo ambiente embalsaman el narciso, la rosa y el azahar, que ellos plantaran, noté que una lijera nube de pesar vino á cubrir su rostro venerable.

Llegado el momento de retirarnos, el Jativ me reiteró su sincera amistad, ofreciéndome toda su influencia y protestando recomendarme eficazmente al Sultan si, como le indiqué, llegaba á verificar en la próxima primavera, con permiso y proteccion de mi gobierno y acompañado de otros dos naturalistas, una larga expedicion á la parte mas interior del imperio.

Suplicóme por fin que le escusase de no poderme acompañar, por hallarse algo indispuerto, á ver todos los magníficos departamentos de la casa que para su recreo está construyendo en una deliciosa huerta; y rogó al Vice-cónsul, su íntimo amigo, lo hiciese por él.

Me llamaron la atencion los hermosos saltos de agua colocados en varias habitaciones, el tamaño de estas, la profusion de alabastros y de mármoles, los mosaicos de azulejos, el prolijo trabajo de las molduras, alicatados y festones, y sobre todo la riqueza y el lujo de los artesonados; ví gran número de vigas todas del balsamífero y africano *alerce* y pintadas con sus favoritos y únicos colores el oro, azul y bermellon; notando al mismo tiempo que estas delicadissimas pinturas se dán á las maderas antes de colocarlas sobre los muros para formar los techos.

El Vice-cónsul me invitó despues á pasar un corto rato en una muy próxima huerta, y presentarme á su dueño *Archini*, el comerciante moro quizás mas rico del marroqui imperio, y que es hoy en Tetuan administrador de rentas y aduanas.

Acepté con mucho gusto y nos dirijimos á ella, pasando varias calles habitadas por moros en lo general pobres, y saliendo de la Ciudad por la puerta del *Laskala*, que está protegida por una fortaleza con 12 cañones y que dá al camino de la sierra.

Atravesamos un corto trecho andando por calles de frondosas huertas, cuyos setos los forman altos cañaverales, que allí nacen, y que

los jardineros moros saben entretener con cierta habilidad, tapizándolos despues con los flexibles y vistosos tallos de las purpúreas *maravillas*, las ensangrentadas *llagas* y otras bonitas plantas trepadoras y tambien comunes en nuestro pais.

Llegados á la huerta, llamamos varias veces sin que nadie respondiera, y ya nos retirábamnos cuando asomaron, dirigiéndose á nosotros, cuatro moros vestidos con su lujoso traje y montando hermosas mulas.

(1) Uno era Archini, los otros sus amigos. Echaron pié á tierra, y, despues de la presentacion de ordenanza, el esclavo del dueño llamó á la puerta de un modo muy particular, saliendo en seguida á abrir uno de los criados negros.

Hicieron que entrase yo delante, y pude apenas ver algunas moras, que tapándose la cara, entraron precipitadamente en uno de los edifi-

(1) En esta parte del Africa los moros de calidad no montan sino en mulas para ir á sus expediciones y paseos. Los caballos solo los usan los soldados ó meros de rey. Las sil'as tienen una forma algo parecida á los albardones jerezanos y están, como la brida, forrados en totalidad de paño grana ó terciopelo carmesi, á veces bordado todo en oro y con los hierros dorados de fino con el mayor primor.

**DIA 28.**

**H**e pasado casi todo el dia en una de las mas preciosas huertas de esta poblacion, á la que habia sido invitado á almorzar por su dueño, jóven y elegante moro.

cios de la huerta. Eran las mujeres, que siguiendo la costumbre y leyes del pais corrian á encerrarse. Tal estilo, semejante precaucion, no puede menos de escitar en el extranjero el mas vivo deseo de verlas, deseo que, por desgracia ó por fortuna, es casi imposible de cumplirse. Discurriendo yo que una mora deberia desear ver á un cristiano tanto, al menos, como un cristiano anhelaba mirar bien á una mora, me quedé un poco atrás á pretexto de recoger una curiosa planta, y ví que mi cálculo no habiasido muy erróneo, puesto que al entrar en el edificio de los hombres, dirigiendo la vista al que ocupaban ellas, pude ver en una de las ventanas altas del costado dos hermosas caras, que desaparecieron en el momento de ofrecerles la flor que yo llevaba.

Archini, que es tambien de edad casi avanzada, nos hizo sentar sobre los largos y cómodos cogines puestos en el suelo de una estensa galeria abierta y con preciosas vistas al jardin. Ofreciéonos de fumar y varias frutas, y, despues de dar un paseo por la huerta, nos volvimos de prisa á la Ciudad para llegar antes de que sus puertas se cerráran.

**El Jach-Mohamet el-Torris (1), que**

(1) *Torres*. Este apellido, como los de Amar, Castillo y otros, frecuentes en España, son bastante comunes en familias de este pais y de origen puramente africano.

asi se llama, es descendiente de los moros cordobeses, tendrá unos 30 años y sin embargo una prematura vejez, causada por la molicie y los placeres, empieza á anunciarse en él por las marcadas arrugas de su ancha y despejada frente. Es de raza puramente blanca, buen mozo, como la generalidad de los moros finos de esta parte del Africa, de una fisonomía simpática y dulce, de carácter franco y que posee una instrucción mas que regular, siendo quizás el único moro que en Tetuan escribe algo el castellano.

Dueño de una grande fortuna, que heredara de su padre, antiguo Bajá de Mogador, ha viajado mucho: gasta como un príncipe, vive como un europeo y dá en su huerta á sus amigos frecuentes zambras, que empiezan con la noche y terminan al apuntar el dia.

Dos moros de su misma edad y casi igual carácter y un jóven judío amigo de ambos fueron los convidados. Yo asistí tanto mas contento, cuanto que me habian dicho nos iba á presentar sus moras.

Llegados á la huerta, distante de Tetuan un escaso cuarto de legua, salió á abrirnos un criado móro, blanco, aunque quemado por el sol, de bastante edad y de grosero aspecto. Saludó á los demas con su correspondiente á *Selama* (1) y á mí en muy buen castellano *buenos dias*. Hola! parece, le dije, que no eres de esta tierra.—No señor; soy español.—Y como te hallas aquí?—Soy renegado y siervo el mas querido del se-

ñor mi amo, llevo su mismo sobrenombre y procedo quizás de sus mismos ascendientes; nací en Córdoba y vivo en Tetuan hace ya muchos años» Renegado y con su aspecto grosero y hasta antipático como era, su encuentro en este pais me causó una verdadera alegría y un vivísimo deseo de conocer su historia, que supuse deberia ser curiosa, y que le pedí me refriese cuando nos hallásemos á solas.

El Torris nos llevó á la casa, descansando en una arabesca galeria, cuyo suelo estaba cubierto con alfombras y sobre ellas tendidos unos largos y cómodos cogines. En un lado habia varios instrumentos músicos, entre los que conocí el *guemberl*, el *erbab*, el *tar* y la *derbuga*.

El *guemberl* es una especie de guitarra, que por su efecto puede compararse á la banduria. Es de estraña construcción y se compone de una gran cuchara de madera, cuya parte cóncava se halla tapada por una piel de pergamino aderida á sus bordes; en la estremidad del cabo dos clavijas sostienen las dos únicas cuerdas, que pasando por cima de un puentecillo, vienen á atarse á un botón de la parte opuesta ó inferior. Tan raro instrumento lo tocan hiriendo las cuerdas con una pua de pluma ó de corteza. El *erbab* es de uso parecido al biolin, tambien de forma estraña y con dos cuerdas: lo tocan con un arco con cerda igual al usado en los rabeles de los niños. La *derbuga* es un tubo de barro en forma de embudo, en cuya parte ancha lleva una piel, y que se toca colocándolo sobre las palmas de las manos ó hiriendo-le con las yemas de los dedos. El

(1) Seais bien venidos.

tar es una pandereta exactamente igual á las usadas en Andalucía.

Después de un corto rato, en que uno de los moros estuvo tocando admirablemente el guemberí y cantando una canción popular, con un aire de sentimiento que me recordaba algunas de nuestra Andalucía, nos sirvieron el almuerzo, compuesto principalmente de huevos y pescados y profusión de almivares y frutas: la mesa fué servida á la europea (1) y con variedad de vinos y además rón, ginebra y aguardiente (2). El Torrís, brindó á la española por nuestra amistad, pidiéndome que quedase en Tetuan algunos días y ofreciéndome que en el primer viaje que hiciese, vendría á España y particularmente á

(1) Las mesas de los moros en nada se parecen á las nuestras. Consisten en una gran caja redonda y de madera con tres pequeños pies y con una tapa de figura cónica y más ó menos pintada con sus colores favoritos. En ella colocan los platos y demás objetos de mesa. No usan manteles, ni servilletas, ni cucharas, ni tenedores. Los alimentos, entre los que figura siempre el *cuscus*, que reemplaza nuestro puchero, los toman con los dedos; las aves y otras pequeñas piezas que se sirven enteras, en vez de trincharlas las parten tirando cada uno de una pata. Se limpian los pobres en las piernas ó en la barba y los ricos suelen tener un negrilla, cuya cabeza les sirve de servilleta, para lo que se sienta á los pies de su amo; esto lo creen ellos más digno y honroso, que un pedazo cualquiera de una tela. Después de comer se lavan cara y manos.

(2) Sabido es que á los moros les está prohibido el uso de las bebidas alcohólicas; sin embargo las usan y aun abusan de ellas como en cualquier otro país.

Córdoba á pasar una larga temporada.

Fumamos y tomamos el café y una rara y aromática bebida, que uno de los moros hizo infundiendo en una cafetera té negro con hojas de torongil y yerba-luisa. Luego dimos un paseo por la huerta.

Esta, como las inmediatas, y probablemente todas las de Tetuan, en nada difieren al parecer de las que hay en Córdoba en las faldas y cumbres de nuestra hermosa sierra. Los edificios son distintos, pero el terreno es igualmente quebrado y las tierras presentan el mismo color rojo producido por arcillas arenosas cargadas de óxido de hierro, ó son de un pardo oscuro y resultantes de la descomposición de las pizarras. Aquí se observa el mismo sistema de cultivo y la misma disposición en sus huertecillos y jardines: iguales son sus flores, análogos también sus cultivados árboles é idénticos los arbustos espontáneos. Aquí hay también calles cubiertas de emparrados, sombríos cenadores con techos de *madreselva* y *pasionaria* entretegidas y tortuosos laberintos con paredes de *mirtos* y *rosales*. En las lindes y cercas vegetan libremente el *agallombo*, el *brusco* y *coronilla*; el *zumaque* y el *lirio* nacen con profusión en tierras cultivadas y en los sitios montuosos se encuentran el *romero*, los *rhamnos* y el *lentisco*. Y hay plantíos de *tabaco*, y estensos *naranciales*, y bosques de *moreras* y *nogales* frondosos y también *viñas* perdidas totalmente por la influencia fatal del pernicioso *oidium*.

A la hora en que el sol principiaba á dejar sentir su fuerza, nos retira-

mos á la casa y descansamos en su sala principal. Allí vimos las moras queridas del Torris. Eran cinco, cuatro de color blanco y la otra de tez completamente negra, pero de facciones regulares y espresivas. Estaban vestidas con el traje mas sencillo, aunque, elegante de las mugeres de la clase medianamente acomodada.

Consiste en una túnica (Caftan) ancha, de merino de color azul, rojo, verde ó naranjado, escotada y abierta por el pecho dejando ver las camisas, que son dos de algodón finísimo y cerradas por una hilera de botones muy pequeños; las mangas anchas y hasta el codo, dentro de la que se oculta redoblada la de la camisa, que es anchísima, dejando al descubierto naturalmente casi todo el brazo. Gastan, según dijeron, calzones anchos y cortos hasta medio muslo, llevando el resto de la pierna totalmente desnudo, y en el pié una chinela bordada y sin talon. La longitud de la túnica es tal que, sujeta en la cintura con un bordado ceñidor de seda (jsam), se les queda un poco mas arriba del tobillo.

En la garganta llevan un collar de gruesas cuentas, una ó dos pulseras en los brazos, y por pendientes arillos de un diámetro muy grande. El cabello sugeto con un pañuelo graciosamente puesto ó partido por la mitad y en dos trenzas con hilos de oro y seda, sugetas debajo de la faja ó colocadas caprichosamente sobre la cabeza y entregidas con sertas de perlas y corales. Tíñense las uñas de color rojo anaranjado con el polvo de la *algeña*,

planta que no he podido ver entera.

Para la calle llevan en el rostro un lino especie de ancha venda que se lo cubre hasta unas líneas por bajo de los ojos, y además el blanco jaique de merino que, colocado sobre la cabeza á modo de mantilla, les llega por delante hasta los ojos y por detrás al suelo rebozándose en él por ambos lados hasta quedar completamente envueltas.

Bailaron con mucha gracia algunas danzas del pais al son de las panderas y acompañadas del erbab, derbuga y guemberí tocados por los moros.

Una hora despues, y á pretesto de recojer algunas plantas, dije á mi huesped que deseaba volver á recorrer la huerta acompañado solamente de su jardinero. Salí, llamé á este y paseando me refirió su historia poco mas ó menos de este modo.

Nací en Córdoba el año primero de este siglo. Mis padres, honrados y pobres labradores, me dedicaron á las faenas del campo, en que trabajé hasta la edad de 18 años. Una noche, en la que descubrí estaba siendo el juguete de una muger falsa á quien habia entregado todo mi cariño, herí gravemente á mi rival y salí buyendo por temor á la justicia. Paso en silencio los trabajos y desgracias que sufrí en los años en que anduve fugitivo y en que bajo un nombre supuesto corrí mas de media España.

Una aventura desgraciada, hija de mi errante y miserable vida me trajo á Ceuta, cuyas murallas escalé en una oscura noche, logrando una libertad que debia bien pronto trocarse por la mas negra es-

clavitud. Unos moros que se apoderaron de mi á los dos dias me vendieron como á un perro, por la insignificante cantidad de tres ducados, á otros que debian conducirme á Ceuta y recibir una mayor por entregarme. Entonces renegué y conseguí quedarme en el pais, siendo vendido y vuelto á revender á cada instante, hasta un dia en que vine á parar á manos de mi amo padre del que hoy es mi señor.

He egercido muchisimos oficios, pero al fin seme encargó del cuidado de las huertas, que desde entonces es mi mas favorita ocupacion. Veis, me decia con muestras de un justo y verdadero orgullo, esos árboles con sus soberbias copas y esas largas calles cubiertas de emparrados? pues todo es obra mia.

Yo cabé con mis propias manos y arranqué cuantos arbustos tenian estas tierras. Yo cubrí de verdura, de árboles y flores todo este terreno, abrigo antes de alimañas. Yo trazé sus calles é hice sus paseos.

Yo dispuse esos enredados y misteriosos laberintos, yo, en fin, dirigí una gran parte de aquellos edificios. Y al referirme sus trabajos, al ver con la atencion que le escuchaba y como le aplaudia su grande habilidad, el renegado se llenó de gozo, especialmente al saber mi profesion y que vivia en Córdoba.

Preguntele el nombre que tenia, contestándome: en mi tierra me llamaba Pedro Torres, aqui *Abdalá* (1); pero soy mas conocido, añadió, con el titulo de *Malé-i-mi*. Y como

adivinara en mi una pregunta continuó. En este pais, como sabeis sucede por allá, se llama maestro á todo el que ejerce con alguna perfeccion cualquier oficio ú arte. Pues bien, una tarde en que hechaba yo unos injertos en esta misma huerta, el gobernador, que habia venido á visitar á mi amo admirado de mi grande habilidad, me dió este titulo diciéndome, te llamarás *Malé-i-mi*, esto es, maestro y medio. — Ya, maestro repliqué yo, como diriamos en nuestro pais ¿no es verdad? — Justamente.

Yo soy, continuó, el hortelano de mas fama que hay en Tetuán: á mi me se pregunta sobre cualquier cuestion respectó de cultivos y á mi vienen para que les enseñe, los que quieren saber algo.

Hablóme entonces de lo que queria á su amo, de las distinciones con que este le trataba y como le hacia su amigo mas que su criado entregándole su hacienda y fiándole sus mas grandes secretos.

El renegado se separó de mi sin despedirse y á poco rato apareció trayendo vasos y un frasco de ron. Hacedme, dijo escanciando, la honra de brindar conmigo por nuestra querida tierra. — Si, tengo en ello el mayor placer. Yo bebí lo que pude, mientras que él apuró su vaso como si fuese de agua. — Bebes mucho; le dije, tu rostro tiene claras muestras de ello. — Si, bebo mucho: el ron, las flores y mi amo constituyen mi pasion y mi consuelo.

Tanto te gustan las flores? — Tanto por lo menos como á mi amo sus queridas. — Y no sabes que la hermosa virtud del agradecimiento

(1) Se escribe Abdallah.

y la contemplacion de la naturaleza, tan hermosa en el pequeño insecto como en el corpulento animal, en la informe piedra como en la galana flor se avienen mal con el continuo vicio?

Aquel hombre, envejecido en tan grosera vida, dió muestras de haberme comprendido y esto me interesó sobre manera. Hice mis tentativas sin atreverme á abordar de frente una cuestion muy delicada, hasta que al fin le dije. ¿No sientes haber dejado de adorar al verdadero Dios? Entonces, al parecer muy conmovido, desabrochándose el grosero saco, me mostró una imágen que llevaba pendiente de su cuello. Todo lo demás lo comprendí y por hoy me abstuve de hacerle mas preguntas. Le ofrecí volverle á ver mañana, si podia, y despedime de él para ir á incorporarme con mis compañeros.

A las seis de la tarde me encontraba de vuelta en la Ciudad, recorriendo con mi intérprete las diferentes sinagogas, que apenas difieren de las de Tánger y de la que habia visto en Gibraltar.

Una sinagoga es una sala mas ó menos espaciosa con gran número de bancos colocados casi como las lunetas de un teatro y en cuyo testero se eleva un retablo de madera, muy sencillo y pintado de color oscuro. En este altar, único, y que puede considerarse como el mayor de nuestras iglesias, hay cinco nichos ó pequeñas capillitas, que tienen sobre las puertas que los cierran escritas con grandes y rabínicos caracteres de oro las tablas de la ley; dentro de cada uno de estos nichos, y bajo de ricas cortinillas, se custodia

un *Seffer*, (1) que es lo que los hebreos llaman vulgarmenté las sagradas escrituras y que constituye el único objeto de su veneracion.

Delante, á muy corta distancia hay una especie de tribuna, desde donde los sábios celebran sus religiosas ceremonias leyendo ó cantando, á cuyas voces contesta el pueblo desde sus asientos.

De los techos cuelga un gran número de lámparas, que por su forma y construccion contribuyen á dar á estos templos cierto aire misterioso que en nada participa de la grandiosa sublimidad de los cristianos. Compónese cada lámpara de una armadura semejante á la de nuestras arañas, y en ella colocados, pendientes de largas cadenillas, muchos vasos de cristal y de un tamaño tan diverso que los hay grandísimos, medianos y pequeños. En cada uno arde una lamparilla alimentada con aceite que costea la sinagoga ó que dá algun piadoso hebreo.

A las ocho de la noche me han llevado á casa de un judio en donde se verificaba una ceremonia religiosa. La *conduccion de un Seffer á la sinagoga*.

Las calles próximas á la casa estaban tan llenas de gente que no se

---

(1) Un *Seffer* no es otra cosa que un largo pergamino en que están escritos los 10 mandamientos de la ley de Dios: está sujeto á dos largos y lujosos cetros de plata de modo que para leerlos se va arrojando en uno lo que se desarrolla del otro: cada cetro lleva en su parte superior un caprichoso remate del que cuelga sujeta con lazos de seda y oro una tela de tisú á modo de falda, que cubre el venerado pergamino.